

manos, son biografía, género literario que alcanza su máximo desarrollo en nuestro siglo. Grandes novelas, o guías azules de turismo; invención o «Baedeker», pero no biografía novelada de la ciudad, con sus productos y sus convulsiones gigantescas.

Si «Un paisaje es un estado del alma», como escribió Amiel, y «una ciudad es un episodio personal», como suele decir Eugenio Montes, ¿qué no será este libro «enorme y delicado»? Contemplemos el espectáculo, nada nuevo, del escritor frente a la ciudad. ¡Cuántas veces el cronista, el poeta o el reportero quiso quebrantar sus secretos y entonces la ciudad, con sus inmensos tentáculos lo atrapó, como una de esas flores criminales que, cuando se posa un insecto en ellas, se lo engullen cómodamente con sólo un movimiento de cierre de sus corolas perfumadas! Pero esta vez, no. Esta vez no canta París el bohemio, ni el «snob», ni el turista, ni el temible corresponsal. Tampoco el envenenado de Literatura, ni el discípulo de «M. de Phocas», aunque M. de Phocas y Des Esseintes disfruten de un pingüe y justo retiro en las clases pasivas de nuestra mitología literaria... Ahora canta a París un escritor, un romano, un parnasiano, un impresionista.

Trazar la biografía de una tal ciudad es estar compenetrado con su Historia, sus costumbres, su ambiente, conocer a fondo sus glorias y sus vanidades, haber bogado siempre por su oceánico anecdotario, hasta haber sido exilado de su Patria, cosa altamente conveniente para todo espíritu literario de veras, como se demuestra a través de todas las épocas. La labor es de un terrible nervosismo. Escribir de París, empezando por sus primeros pobladores de la piedra y la honda y terminar con la condesa de Noailles y los tanques, es empresa difícil que parece mentira pueda acometerse con tanta amabilidad y garbo.

Detrás de todo ello está el literato, porque, ¿quién que es, no ha vivido la Revolución del 48, enamorado de una madame Arnaux, como la de «La Educación sentimental»?

¿Quién no ha recorrido con angustia las calles largas, de largas tapias, por las que pretende esconderse Jean Valjean? ¿Quién no se ha declarado como Tulián Sorel? ¿Quién no ha oído caer la lluvia sobre su corazón, como en Verlaine? ¿Quién no se adentró por el prodigioso bosque novelesco—«la novela, género tupido», de Ortega y Gasset—de Marcel Proust? Pues todo ello es biografía y, las más de las veces, autobiografía. Sí; dejad que así, confundidos, se aprieten unos contra otros



los recuerdos personales y las evocaciones literarias. Los que conocieron todo esto comprenderán mejor.

Sucede en estos escenarios de Europa que, en ocasiones, la cita histórica, la alusión de época, el rasgo erudito, quedan de pronto enteramente visibles en pleno tráfago del relato, con el mismo encanto de esas abadías de París, cuyas piedras merovingias han quedado situadas en medio del asfalto del bulvar, entre el timbre de las bicicletas y las ráfagas musicales de los coches que pasan.

La variedad infinita de contrastes de la cultura europea, los refinamientos del Arte y del buen gusto, los cambios de estilo al compás de los cambios de régimen, el ingenio, la frase, la gentileza derramada por doquier en tantos libros de «Memorias», esa mezcla rara de escepticismo y entusiasmo, de orden y de revolución, de gravedad y frivolidad, que componen el encanto de París, se encuentran en este libro, que es la crónica de un pueblo y de una cultura. Esa deliciosa aportación a la «petit histoire», puesta en la otra His-



toria por Lenotre, que palpita en las «Memorias» de La Rochefoucauld y de Saint Simón, que brilla en los «Salones de París» de la duquesa de Abrantes y que produce, en la novela «El mundo de Guermantes», está presente en la «Biografía». A través de las guerras y de las convulsiones sociales, está siempre el mundo que nos rodea, con su decoración, su indumentaria, su espectáculo.

... Y así, pasan Felipe el Hermoso y la Torre de Nesle; los últimos Valois y el viejo Louvre; la noche de San Bartolomé y el Puente del Cambio; Luis XIII y los tres mosqueteros; la Monarquía y la Fronda; la vida bajo el Antiguo Régimen y Juan Jacobo; el siglo XVIII y los cafés; el Palais Royal y la Revolución; el Imperio y la aristocracia de la guerra; la Restauración y el «faubourg» Sainte Germain; Napoleón III y el nuevo París; y, por último, a través de la República, 1900, la Exposición Universal y la nueva Humanidad de la postguerra, las tres invasiones alemanas.

«Tal vez la actual caída—escribe Eduardo Aunós—señale el fin de uno de esos ciclos históricos en que todo un proceso de Civilización corre riesgo de periclitar. Pero París aun es Dios. Y París renacerá como antiguo paladín de la Cristiandad».

Así es cómo el escritor español Eduardo Aunós rompe, hidalgamente, una lanza por Santa Genoveva.

